



—¡Hombre, pues me vendría de perlas!

20 cts.

¡ATENCIÓN, LECTORES!

¡UN ACONTECIMIENTO EDITORIAL!

En breve se pondrá a la venta el extraordinario

Almanaque BESAME

Lo nunca presentado en el género galante.

Lo más frívolo.

Las más estupendas mujeres en sus momentos más íntimos.

DESNUDOS A TODO COLOR

Enorme cantidad de dibujos de la más seductora galantería, y debidos a los más prestigiosos dibujantes del género.

Humorismo y picardía por toneladas. Profecías amorosas. Pronósticos reservados.

¡La trepanación, la hipotenusa, la televisión y el bacalao a la vizcaína son cuatro tonterías sin importancia al lado del

Almanaque BESAME

que es la peritonitis de la cachondería con extra corta.

¡Chistes para troncharse, versos para desfallecer y señoras para tumbarse!

El **Almanaque BESAME**

es la solución de todos los problemas que atormentan al género humano; con él no hay penas posible, y todo negocio torcido se endereza.

Sus fotografías, sus dibujos, sus colores, sus cuentos, sus poesías, sus epigramas, sus chistes, sus historietas y todo cuanto forma esta pequeña enciclopedia del buen humor amoroso, valen más que el kempis, el koran y la Biblia en verso, pero la EDITORIAL CARCELLER, que no repara en gastos por servir a sus millares de lectores, hace un nuevo y gigantesco esfuerzo, y sólo ha puesto el precio de 60 céntimos al maravilloso

Almanaque BESAME

¡Prevenidos, lectores!

No dejéis de comprar en seguida el

Almanaque BESAME

que en breve se pondrá a la venta.

¡¡60 céntimos!!

Redacción y Administración:
Unión Ferroviaria, núm. 3 VALENCIA
Teléfono 11102 Talleres "LA OUTFITTER"



AÑO I Núm. 21

Suscripción	trimestre	2'50	ptas
"	sextante	5	"
"	año	10	"
Extranjero, año	15	"

Meditaciones y anécdotas

La mujer no perdona nunca, ni menos podrá amar nunca, al hombre que, por su felicidad, su placer o su capricho, sacrifica el capricho, el placer o la felicidad de ella.

Una enamorada que se abandone completamente en los brazos del amado, sentirá hacia el hombre que, en el acto carnal busque su propia satisfacción, olvidándose de procurarla, que, egoísta y brutal, trate de ser feliz a costa del dolor de ella, sin siquiera una caricia de delicadeza ni una frase de compasiva ternura.

Nuestro amigo Enrique se casó, y en la noche de bodas trató a su mujercita con toda clase de miramientos y dulzura. Ella, al cabo de un ratito, le dijo:

—¿Qué es eso, Enrique? ¿Qué te pasa? Parece que tengas miedo... ¿No soy tuya? ¿Pues aprieta, hombre, aprieta fuerte! ¿No eres el amo? ¿Pues haz de amo!...

Ya ven ustedes que entre lo que decía esta mujercita y lo que decíamos nosotros, sólo hay una leve diferencia.

::

En el pueblo de X había un juez que—¡caramba qué casualidad!—también se llamaba X.

El juez X del pueblo X era un buen juez, por lo cual le gustaban muy poco los juicios y los procesos. Con esto comprenderéis si sería amigo de la justicia. Así, todo el pueblo le tenía por consejero y se le sometían hasta los más insignificantes conflictos.

Un día, en una riña de chiquillas, Pepita, una linda muchachita de trece años, fué tratada de... "aquello" por una de sus amiguitas—ella sabría por qué—. Y Pepita, muy indignada, se fué a ver al buen juez.

—Señor X—le dijo haciendo puchereros—. Rosita me ha insultado.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho que soy... que soy... una... una "aquello".

—Pues corre a decirle que yo ase-

guro que no es verdad, que no lo eres. Que no tienes edad aun, pero que, cuando la tengas, ya lo serás.

::

Este verano pasado fué contratada una joven artista lírica para



—A ese le tengo asco; el sombrero me está pequeño... ¡Hace una temporada que nada me entra!...

actuar durante un mes, al otoño, en un teatro de varietés de Marsella. En Marsella, como sabe todo el mundo, son muy celebradas las artistas españolas, y de esta que tratamos casi podía descontarse el éxito por la larga serie de triunfos que lleva conseguidos en toda España.

Muy contenta, fué a explicar su contrato a su profesor de canto, y

éste, hombre de años y de experiencia, le hizo la siguiente recomendación:

—Debutar y gustar al público no lo es todo. Así que llegues a la ciudad, haz una visita al prefecto de Policía y procura (por el medio que sea, ¿eh?) ganar sus simpatías. Si a él no puedes verle, como a presidente del concejo de espectáculos, procura ver a otro de los miembros del concejo. Es la manera de asegurar que el público no se meta contigo y que el empresario te pague lo ofrecido en el contrato.

La joven artista, que no suele tener grandes escrúpulos en cuestiones de moral tratándose de su carrera, cumplió exactamente la recomendación. Su visita a cierto señor del concejo municipal tuvo dulce carácter de intimidad... Y pasados los momentos álgidos, cuando descansaban ambos en la misma butaca y la artista no se había puesto aún la camisa, le preguntó mimosamente:

—Supongo que puedo contar con tu influencia en el concejo de espectáculos...

—¿De espectáculos? — exclamó él sonriendo—. ¡Ay, nena! ¡Si ese concejo no funciona desde hace veinte años!

...Pero no riáis mucho ni compadecáis tampoco demasiado a la joven artista. Su visita no fué inútil. El concejal, a más de concejal, es un rico industrial de la comarca. Y la joven artista se encuentra tan bien en Marsella que, a pesar de haber terminado su actuación teatral, sigue en la ciudad francesa sin grandes deseos de volver por acá.

::

Diálogo sorprendido a la puerta de un café-concierto, entre dos cupletistas de tercera categoría.

—¿Qué sabes de la Joaquina?

—Ya ha desocupado.

—¿Qué ha tenido?

—Dos chiquillos. Un parto doble.

—¿Dos chiquillos?... ¡Ya decía yo que tenía dos amantes!

Un beso bien ganado

(Historia verídica, en tres escenas inocentes)

Personajes: Margarita, de quince años, rubia, muy romántica, linda y digna de mejor suerte.

Doña Carola, madre de Margarita, jamona de treinta añitos y pico, muy guapetona, muy bien puesta de carnes y muy apetecible.

Enrique, elegante de veintidós años, tan estúpido y tan inútil como todos los aristócratas.

Don Eduardo, padre de Margarita y esposo de la suculenta doña Carola. Negociante a punto de quebrar.

Otro personaje es el pretendiente de Margarita; pero, como no sale a escena, ya le describirán los que hablan de él.

Escena 1.ª

MARGARITA Y ENRIQUE

—¿Quedamos de acuerdo, pues, Enrique? ¿Me raptará usted?

—La raptaré, adorada Margarita.

—¿En silla de postas, como en las novelas, o en aeroplano, como en el cine?

—Me parece mejor en auto y luego en tren.

—¿Qué prosaico es usted! Pero al menos iremos a Venecia... y usted cantará debajo de mi balcón... y unos bandidos le atacarán y usted los matará a todos a estocadas...

—Sería más práctico a tiros.

—¡Siempre se le ocurren a usted vulgaridades! Pero ya arreglaremos los detalles más adelante. Lo importante, ahora, es que me rapte usted, para evitar ese absurdo matrimonio que mis tiránicos padres me preparan con el odioso Rufasta. Y mientras llega el momento de la fuga, ni una palabra a nadie, Enrique, o somos perdidos.

Y Margarita se marcha, para ir a contar a su amiga Luisa que va a ser raptada por un joven hermoso y valiente que se llama Enrique X. Por su parte, Enrique, al quedarse solo, dice así:

—¡Vaya un estúpido lío en el que me veo metido sin darme cuenta!... Rapto... Mis economías de un año, que van a desaparecer en quince días. Luego, boda inevitable con esa Margarita, linda sin duda, pero un poco pesada con su romanticismo exagerado, y que, seguramente, no tardará un año a adornarme la frente con cualquier personaje novelesco que excite su imaginación soñadora... Y todo por ser yo un hombre débil. No he sabido oponerme a

su súplica. Y lo gracioso es que Margarita no está enamorada de mí. Lo que quiere es evitar el matrimonio que sus padres han planeado con ese viejo millonario Rufasta. Lo mismo le importaría que la robase yo o el hijo de la portera... Y yo soy un idiota, sí, un idiota, que me he metido en este lío, en vez de hacer lo que hacen mis amigos: tener una querida casada, para que no re-

sulte muy pegajosa; de edad madura, para que fuera más maternal y más experta en sus caricias... Esa sería la felicidad. Y en vez de procurarlo, me enredo en un rapto y en un seguro matrimonio con una loca novelera... ¡Me caso en mi estampa!

La exclamación de Enrique no es muy elegante; pero, la verdad, es que aun dijo algo peor. Mientras, Margarita había explicado a su amiga Luisa su próximo rapto. Luisa se lo había contado a Ramona; Ramona, a Vicentita; Vicentita, a Juanita; Juanita, a... Total, que a las dos horas de planeado el rapto, lo conocían unas doscientas cinco personas.

ALGO RARO



—Tiene muy poca cabeza y no me entra...

Escena 2.ª

DOÑA CAROLINA Y ENRIQUE

Al día siguiente de la escena que antecede, doña Carolina sorprende a Enrique en su pisito de soltero. El joven se turba, suponiendo que la madre de Margarita ha descubierto el plan de rapto; pero la tranquilidad de la apetecible jamoneita y su inquietona sonrisa le hacen recordar un antiguo proyecto que abandonó ante las burlas de ella...

Tiempo atrás, Enrique había concebido la ilusión de conquistar a la incitante jamoneita. Para tenderle una red, le dijo que en su casa conservaba unas curiosas colecciones de dibujos japoneses galantes, de esa galantería humorística en que son maestros los hijos del Japón. La jamoneita comprendió sobradamente el lazo, y se echó a reír en las narices del atrevido conquistador. Por eso Enrique había olvidado sus ilusiones, aunque siguió frecuentando la casa de la mamá sugestiva y la hija romántica.

—¿Dónde están esos famosos dibujos galantes?—preguntó al entrar doña Carola.

Enrique, un poco encortado, busca los dibujos y se los ofrece a la apetitosa señora. Entre los dibujos hay alguno que no es japonés, ni podría exponerse al público. Son escenas amorosas, de un realismo tan absoluto, que se ha suprimido toda ropa para mejor expresar lo que se desea y que no se pierda detalle del modo cómo se acarician las parejitas. Unos dibujos tan escandalosos, tan procaces, que no pueden ser contemplados sin rubor y sin... sentir en los nervios una vibración intensa.

Mientras la dama contempla los

indecorosos dibujos, Enrique va a buscar la botella de Jerez y las pastas que preparó cuando creyó que doña Carola iría a su casa. Las pastas están tan secas que es mejor no sacarlas; pero la botella sirve aún, y Enrique se apresura a preparar unas copitas. Luego, se acerca a la jamona para contemplar los dibujos por sobre el hombro de ella, y a la vez que los realistas grupos que se acarician, ve por el descote de doña Carola un montón de cosas. Mejor dicho, son dos montoncitos nada más, pero que bastan para cegar al arrebatado joven. Se inclina a ella, le da un largo beso, que acaba en mordisco en la nuca de la jamonecita, y ella responde entornando los ojos y exhalando un suspiro tan arrastrado y tan meloso que Enrique no necesita nada más para decidirse a conducirse como un hombre...

Dos horas después se oye en la habitación un diálogo breve y elocuente.

—¡Te adoro, te adoro, te adoro! —exclama Enrique.

—¿A mí sola?—pregunta ella, acariciando tiernamente al afortunado caballero.

—¡Siempre a ti sola!... ¿Cuándo volverás?

—Desde mañana... Pero a condición de que, si tienes alguna... distracción, romperás inmediatamente con toda mujer que sea.

—¡Te lo juro! Tenía un... un cierto compromiso. Pero hoy mismo le escribiré participándole mi renuncia a ella. ¡Oh, no me lo agradezcas, porque salgo ganando! ¡Tú vales cien veces más, y me proporcionas una felicidad mayor!

—Pues te dejo para que escribas esa carta. Y mañana me tendrás otra vez en tus brazos para hacerte tan feliz como desees... ¡Vuelve a jurarme que no pensarás en otra mujer que en mí!

—¡Te lo juro, te lo juro, te lo juro!...

Escena 3.ª

MARGARITA, DOÑA CAROLINA
Y DON EDUARDO

—Te aseguro, Carola—dice don Eduardo a su esposa—que si Margarita no accede a casarse con Rufasta, y éste no pone su capital en mis negocios, habré de declararme en quiebra antes de dos meses. ¡Y esa necia de chiquilla se ha enamorado ahora del inútil Enrique X! Todo el mundo murmura que van a fugarse...

—Tranquilízate — responde doña Carola, sonriente—. Todo acabará por arreglarse.

En este momento entra Margarita, con los cabellos en desorden y el aspecto lo más trágico posible.

—Papás—exclama—, las estrellas se han apagado en el firmamento de mis esperanzas... El hombre a quien había entregado mi corazón no es

digno de mi ofrecimiento. Acaba de escribirme diciéndome que se había equivocado sobre sus sentimientos; que a quien ama es a otra, y que me devuelve mi palabra. Yo debía suicidarme, pero... Lo he pensado mejor y me casaré con Rufasta, con

zaría de la mejor gana... ¡Oh, qué contento estoy! ¡Es preciso que abraza a alguien!

—Pues abrázame a mí, tontito—dice su esposa, convencida de que tiene muy bien ganados el abrazo y el beso que le da su marido.

CHARITO ISOL

LA INGENUA

Parecía de juguete; talmente era una muñequita de carne. La vi pidiendo una localidad en la taquilla de un cine; luego se volvió y estuvo un momento mirando a la calle. Tenía los ojos azules, la boca incitante y un gesto de ingenuidad en toda su cara, que atraía cien veces más que sus senos oscilantes y sus caderas de núbil.

Espera a alguien, seguramente —me dije—, y me alejé con cierta pesadumbre. Luego, durante las horas de trabajo, su graciosa figura danzó obstinadamente sobre mis cuartillas. ¿Por qué no sería yo el afortunado a quien esperaba aquella muñequita?

Y, sin darme cuenta, al otro día procuré pasar por el mismo cine a la misma hora, y la volví a ver. También, luego de pedir una localidad, se quedó mirando un momento a la calle. Pero debía tardar el esperado, porque entró pronto, pausadamente, dándose tiempo a tomar una resolución y una localidad...

Si; estuvimos lado por lado, y no perdí el tiempo. A los dos minutos había iniciado una conversación; a los cinco, le oprimía una mano... y antes de la media hora nos hablabamos de tú. Entonces, por sus respuestas, fué cuando pude convencerme de su ingenuidad. Supe cómo se llamaba. Tenía un nombre poético, quizá demasiado romántico, pero que armonizaba muy bien con sus ojos azules y su gesto. ¿Novio? No. Era muy desgraciada para eso. A ella sólo le decían piropos, frases atrevidísimas que querían ser piropos...

El "Quijote" que llevamos cada uno en el corazón, asomó al mío, dispuesto a romper lanzas por aquella muñequita, y le hablé en un tono de cursi subido que le hacía reír a carcajadas. Y como la película que proyectaban era trágica, la gente comenzó a volver la cabeza.

—Si pudiéramos hablar en otra parte...

Y ella, rápidamente, me propuso: —Tomaremos un coche, ¿te parece?

No me parecía muy propio de su ingenuidad, pero no era cosa de rechazar tan propicia sugerencia. Y en la calle, cogidos del brazo, aguardamos a que pasara un alquila.

—Ahora; mira...

—¡No! ¡Eso, no!

—¿Por qué?

Y la chiquilla, sin asomo de malicia, me respondió tranquilamente:

—Porque ese... es papá.

JUAN DEL TURIA



—Me choqué con un checo; me dió un cheque, y ahora... chico o chica...

ese millonario que me habíais elegido por esposo.

Dicho esto, sale de la habitación como una furia. Su padre, enloquecido de alegría, exclama dando saltos:

—¡Viva la Pepa! ¡Salvado!... Si supiera bailar el tango, lo bailarí ahora muy a gusto. Tampoco sé quién es esa mujer que ha suplantado a nuestra hija en el pensamiento de Enrique; pero si lo supiera, la abra-

Luciano, Carlos y Enrique

Luciano había hecho a Rosalía una corte larga y asidua. Se trataba de una mujercita cuya conquista la hubiera apetecido cualquier hombre de buen gusto; una mujercita tan linda como graciosa y tan insinuante como sugestiva. ¿Honrada?... ¡Psche! No era cosa tan sencilla de asegurar. La mujercita llevaba una vida bastante independiente. Se la sabía de costumbres ligeras, y, sin embargo, distaba mucho de ser

una mujer fácil. En resumen: se decía que era libre para elegir al hombre de su gusto, sin ninguna otra consideración que su capricho, entre los numerosos adoradores que la pretendían con ahineo; pero no se sabía que hubiera hecho elección, y esto estimulaba más a sus adoradores y les hacía comprender que aquel que resultase elegido podría vanagloriarse de haber hecho una conquista difícil y haber sido pre-

ferido por solamente sus cualidades físicas y morales.

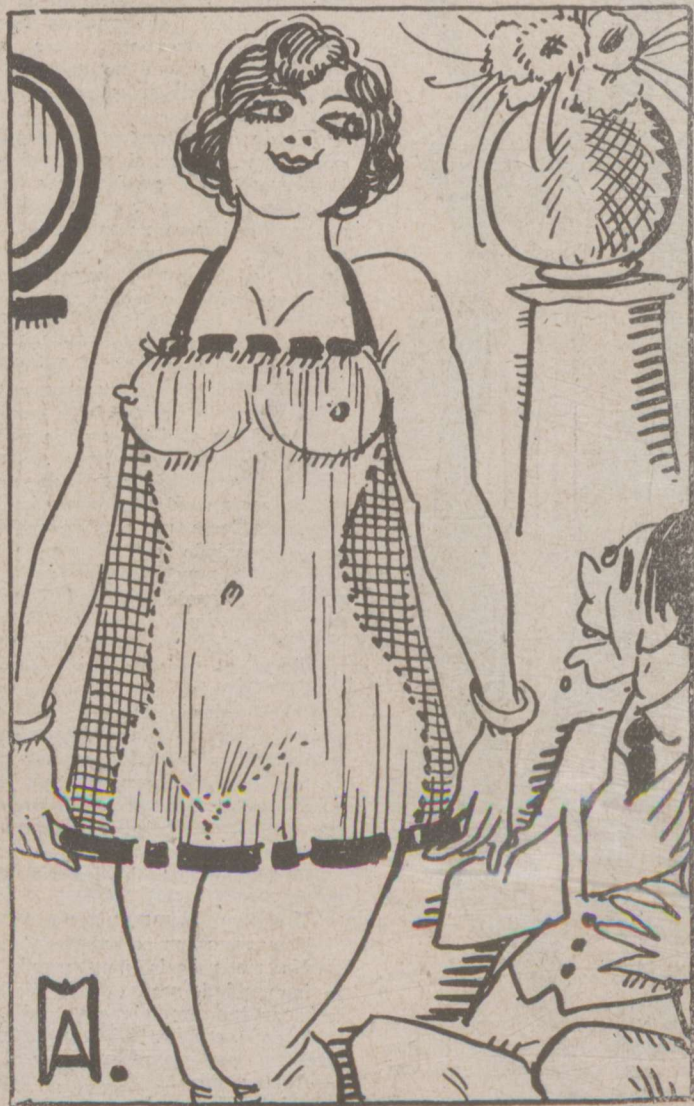
Todo esto explica la corte larga y asidua que Luciano había hecho a Rosalía. Se había prodigado en declaraciones en prosa y verso; en juramentos y demostraciones de apasionamiento; en obsequios y delicadezas; en envíos de flores, de palcos de teatro, de invitaciones a cenas y a excursiones de sociedad... Rosalía lo había aceptado todo, como una buena camarada, pero sin aparentar darse por enterada de lo que se esperaba de ella en cambio. Otro que no hubiera sido Luciano hubiera desesperado de triunfar, y habría concluido por renunciar a una conquista que se presentaba tan fatigosa; pero la misma frialdad de Rosalía fué un mayor acicate para él, y lo que comenzó por vanidad de hombre acostumbrado a triunfos amorosos, se había convertido en sincero amor, que le dominaba y le arrastraba a las mayores locuras por conseguir su felicidad.

Y he aquí que un día, sin entonces esperarlo él, sin coqueterías ni falsos pudores, sin remilgos ni hipocresías, Rosalía se arrojó en sus brazos y se le entregó plenamente. Capitulación rápida que casi enloqueció a Luciano de tan dichoso que le hizo, pero... con una felicidad tan breve que casi pasó sin transición del delirio de la felicidad a la amargura de una desilusión profunda... Porque Rosalía, en el momento de la exaltación suprema, entre besos arrebatados y suspiros de pasión, dejó escapar un nombre balbuceándolo en espasmos de placer:

—¡Oh, Carlos... Carlos... Carlos mío!...

Este nombre, pronunciado tres veces seguidas, devolvió a Luciano toda su sangre fría más pronto de lo que hubiera querido. Y conservando a Rosalía en sus brazos, reflexionaba sin oír los deliciosos jadeos de la hermosa mujercita. Porque era evidente que el nombre de Carlos no se refería a él, que se llamaba Luciano. Toda equivocación era imposible. Se refería a otro hombre, otro hombre al que Rosalía tenía en su pensamiento en aquella ocasión suprema en que sólo debía estar pensando en él, en Luciano. Y la consecuencia, como comprenderán mis lectores, no era muy halagadora ni favorable para el constante enamorado.

Sus ojos se encontraron con los de ella, y Rosalía le sonrió tiernamente, palpitante de dicha. Parecía no haberse dado la menor cuenta de la confesión que se le escapó en una exclamación inconsciente. Tenía el



—¡Mi corazón palpita de entusiasmo!...

—Deja en paz el corazón y échate mano a la bolsa, que es lo que ahora interesa.

aspecto de dulce fatiga y profunda satisfacción que ofrecen todas las mujeres en esos momentos inmediatos a su plena entrega. De no haber sido por aquel nombre pronunciado tan inoportunamente, Luciano se hubiera sentido el hombre más afortunado del mundo.

Pensó interrogarla sobre la desilusión en que le sumía, pero en seguida comprendió que la pregunta le hubiera puesto en ridículo a él, y que Rosalía no le perdonaría nunca haberle descubierto un secreto tan escabroso como íntimo. Cualquier explicación habría perjudicado más la situación de los dos. Lo prudente, lo diplomático era hacerse el desentendido y... no volver a verla. Y como en aquel momento se mostraba ella apasionada y rendida como jamás otra mujer, se afirmó en su decisión de no buscar aclaraciones a lo que no tendría otro final que una ría de groseros insultos. Valía más pensar en un incidente que quizá no tendría tanta importancia como sus celos le concedían, y entregarse ciegamente a la borrachera del amor...

Y volvió a verla y a ser feliz en sus brazos. Sin embargo, a pesar de que toda su voluntad se esforzaba en el olvido de aquel nombre oído en momentos incomparables, no podía lograrlo. Justamente cuando las más intensas emociones se apoderaban de ambos, era cuando Luciano recordaba aquel incidente y pensaba si también en el cerebro de Rosalía se dibujaría entonces la figura del Carlos desconocido y odiado. Sabía, desde luego, que no había sido él el primer amante de Rosalía. Quizá no fuese tampoco el único en aquella época. No podía, pues, sentirse celoso de ella. De quien se sentía celoso hasta el paroxismo era de aquel maldito Carlos, de aquel desconocido que sin duda debió dejar en el corazón y en el cerebro de Rosalía una impresión imborrable, una impresión que hacía recordarle en los instantes de más intensa vibración.

Y comenzó a odiar al desconocido Carlos con toda su alma, con una furia que le hacía desear encontrarle para ahogarlo entre sus manos, con una violencia salvaje, increíble, irrefrenable.

Hizo cuantas averiguaciones pudo, sin resultado alguno. Preguntó a cuantos trataban y habían tratado a Rosalía. Nadie había conocido a ningún Carlos cerca de ella. Pero su odio al misterioso personaje aumentaba de día en día, le torturaba, le roía.

Hasta que un día, cuando subía la escalera de Rosalía para visitarla, oyó desde abajo su voz. Estaba en a su puerta, despidiéndose de alguien, y decía suavemente:

—Adiós, Carlos... ¡Hasta pronto, Carlitos!...

Se cerró la puerta, y unos pasos descendieron por la escalera. Es decir, que el odiado Carlos salía de

casa de Rosalía e iba a cruzarse con él. El corazón de Luciano se inflamó en cólera. Sus ojos se inyectaron en sangre... Carlos seguía bajando, llegaba hasta él... Y Luciano, violentamente, se le abrazó para estrangularle.

Sucedió una breve lucha, en la que no siempre estuvo Luciano sobre su rival. Una serie de golpes aporrearon su cabeza y le hicieron perder el conocimiento...

Cuando volvió en sí, se encontró en la cama de Rosalía y con una venda que le tapaba un ojo. Rosalía, sentada a su cabecera, le miraba tiernamente, y cuando le vió abrir los ojos le tomó con dulzura las manos y le preguntó con su voz de enamorada:

—Veamos, veamos, Luciano... ¿Qué ha sido eso?

Entonces se derribó el corazón de Luciano, y confesó todo su odio acumulado desde que oyó pronunciar aquel nombre; confesó todos sus sufrimientos, sus celos, su tormento, su desgracia... Y ella, que oyó atentamente la larga explicación, dando muestras de la más viva sorpresa, se inclinó a él para preguntarle:

—Pero... ¿estás seguro de que dije Carlos?"

—¿Que si estoy seguro? ¡Oh!...

—¿Muy seguro?

—¡Demasiado seguro, por mi desgracia!

—Pues bien—dijo ella, pasándole un brazo por el cuello—. Perdóname. No sabía dónde tenía la cabeza, y seguramente me equivoqué... No quise decir "Carlos". Quise decir "Enrique"...

A. V.



—Lo que me pides es imposible.

—Entonces, ¿por qué decías que me darías gusto en todo?

—Es que hay gustos que la lengua se resiste a expresarlos.

COAS DE MUJERES

POR FERSAL



-DICE QUE LE ESPERE
QUE VENDRA' ENSE-
GUIDA ¡ESTOY
AVIADA!...

-NO TE VAYAS, JUAN....
-ENTONCES.... SUELTAME.... ME MARCHO

DICEN QUE SU DOTACIONES
GRANDE, PUES NO SÉ,
PERO YO NO LE VEO
LA PUNTA....

-DICE QUE ÉL SABE DONDE
ME ADRIETA EL ZAPATO...
COMO SI ESAS COSAS
SE CALZARAN...

VOY SIN PANTALONES
PERO ES IGUAL, ASI
NO ME LOS DEJARE
OLVIDADOS POR
AHÍ....

¡ESTOREROY ESTARÁ BIEN
DE FACULTADES, PERO
NO LO VEO....!

-LADRON, COMOTE HAS
INTRODUCIDO EN MI CORAZON...
-¡QUE BAJO LO TIENES!

-PUES NO DICE, QUE LE ENGAÑÉ, PORQUE ME
ENCONTRO' CON FERNANDO, CUANDO EL, QUE
ME DIJO VOLVERÍA A LOS TRES DIAS, VOLVIO
AQUELLA MISMA NOCHE.....

-NO CREO QUE SE
ATREVA USTED A
PASAR, ¿VERDAD
QUE NO?...
32

YO QUERIA UN
HOMBRE TIMIDO,
PERO VAMOS, NO
TAN CORTO....

-¿LAS POSADERAS, SERAN LAS QUE DAN POSADA?

Por una declaración

Durante el mes que llevaba de permanencia en el elegante balneario, Luis había estado insinuándose con la carnosa rubita aristocrática que sonreía coquetamente a sus galanterías, y que sabía mover los hombros con cualquier excusa para imprimir a sus desarrollados senos unos movimientos torturantes; torturantes para él, para el infeliz Luis, que había de hacer formidables esfuerzos para reprimir los inconfesables deseos que le despertaban las coqueterías de Matildita.

Se había insinuado todo lo discretamente que supo; pero la muchachita, que con sus veintidós añitos hubiera podido doctorarse ya en gramática parda, le consentía todas las escabrosidades imaginables, y, en cambio, soltaba una carcajada burlesca para cortar de plano la conversación cuando él pretendía comprometerla a una situación de declarado amor. Era el prototipo de la flirteadora, de la mujer que domina todos los secretos de la coquetería y llega en su frivolidad a consentimientos que rayan en liviandad, pero que se detiene siempre en el momento de peligro serio. Y Luis había estado desesperándose todo el mes, si bien su desesperación no llegó a ser trágica porque...

Porque Matildita tenía una hermana, algo menor que ella, morenita, vivaracha y graciosa, alocada y simpática, que parecía empeñada en volver la oración por pasiva, y ser ella quien, todo lo discretamente que sabía a sus dieciocho años, se insinuara con Luis en parecido modo a como él lo hacía con su hermana. Cuando bailaban se le ceñía de una manera, que las piernas se incrustaban y los pechos se oprimían uno a otro. Le miraba con una malicia elocuente, y cuando le sonreía lo hacía con tal picardía que la roja puntita de su lengua asomaba entre sus dientes, como en una lujurante invitación al mordisco.

Confesemos, pues, que Luis había pasado un mes muy ocupado con las dos hermanitas, y hasta añadiríamos que no todo su tiempo lo absorbieron ellas; pues el muchacho, comprendiendo la necesidad de estimular, hacía frecuentes tertulias a la mamá de su adorado tormento para que no se sospechara la pasión que la rubia Matildita le había encendido. Y como la mamá, jamona presumida y guapetona, estaba siempre al lado de su señorita de compañía, Luis hubo de conversar cien veces con estas dos, repartiendo sus galanterías entre la mamá guapetona y la acompañante, que no llega-

ba a sus treinta años, y era una americana como para... quedarse en mangas de camisa. Galanterías y tertulias a las que ambas señoras se mostraban tan agradecidas, que Luis pensaba sacar un excelente partido



—Me dice que guarde las formas, y siempre me tiene desnuda...

de la simpatía de ellas, en pro de sus planes con Matildita.

Pero fué pasando el tiempo, y Luis no adelantaba en su situación. Mucha broma, mucho "flirt", mucha escabrosidad en los chistes, mucha ceñidez en los bailes... La cabeza caliente y los pies fríos. ¿Por culpa de quién? Luis no acertaba a responderse. La verdad era que él no llegó nunca a decir a Matildita una palabra en serio. ¿Porque ella le

cortaba inoportunamente? ¿Porque vacilaba él, y entonces se alejaba riendo ella?

Por lo que fuere, el caso era que estaba terminando la temporada y Luis no había conseguido de la carnosa rubita nada más que roces, escarceos, algún beso furtivo y algún arrimón más o menos escandaloso en ocasión de los bailes. Bueno; también había conseguido verla, como a su alocada hermanita, sin más que el "maillot" diminuto y transparente que dejaba adivinar hasta los menores detalles de sus adorables cuerpos. Pero esto también lo habían conseguido todos los bañistas. Si acaso Luis fué más afortunado, era porque las muchachas se tendían a su lado desenfadadamente para tostarse al sol, suelto el albornoz, y en aquellas ocasiones el "maillot" dejaba asomar por completo los desarrollados senos de la rubia incitante o el menudo ombligo de la morena revoltosa.

Total, que terminó la temporada; que los bañistas habían abandonado el balneario, y que, a excepción de la familia de Matildita, ya no quedaba más huésped que él. No era posible prolongar la permanencia, y no era posible marcharse sin haber conseguido algo más positivo. Ya la dueña del balneario le había preguntado maliciosamente si, luego de veranear, pensaba invernar en la casa. Y él, por respeto a las canas de la dueña, no le había respondido una grosería. También la única camarera que quedaba para servir en el comedor—porque a medida que marchaban los huéspedes se licenciaba a la servidumbre—le había hecho otra preguntita de semejante indiscreción... Es decir, que se comprendía que él permanecía en el balneario porque permanecía la familia de Matilde, y esto iba siendo comprometedor para todos.

Viendo, pues, que había llegado el momento de una resolución definitiva, aquella tarde, cuando entró en la sala de escritura, abrió la carpeta, y tomando el papel secante y procurando que la tinta no se corriese mucho para que dejase leer lo que iba a poner, escribió rápidamente:

"Imposible resistir mi pasión. Esta noche, última que pasaré aquí, ha de ser la de mi felicidad. Si he conseguido que me corresponda en mi amor y en mi anhelo, déjeme una cartita en mi casillero—número 33—diciéndome solamente: Sí.

Si encuentro la cartita, a las doce empujaré la puerta de su cuarto, que no ha de cerrar con llave."

Nada más. Sobrada para quien

era. Luis sabía que Matilde acostumbra a entrar en la sala de lectura a aquella hora, y que escribía alguna carta a sus amigas sobre aquel pupitre. Vería su escrito, y seguramente contestaría con un "sí" como una catedral. ¡Ya lo ereo! Aquella misma mañana, mientras esperaban la hora del almuerzo, asomados a la balastrada de la terraza, Luis la había abrazado por la espalda, en un máximo atrevimiento, pasándole ambos brazos por bajo los suvos y haciéndole sentir la presión de su apasionamiento. Y ella, aunque escapó con ligereza, se había sonreído sin mostrarse ofendida...

Por la tarde, para disimular mejor, procuró no encontrarse con Matildita, ni con su hermana, ni con la mamá, ni con la señorita de compañía. Huyó de todas, para que una palabra impensada no delatase su estado de ánimo... Y esperó con ansiedad... Y cuando, al ir a cenar, miró al casillero de la correspondencia, se asombró de ver varias cartas en su casilla número 33.

Las cogió con rapidez, subió a su cuarto para ver cuál de las cinco cartas—porque eran cinco—era la que esperaba, y su asombro pasó a estupefacción al abrirlas y ver que cada una contenía un papelito semejante con una sola palabra: "Sí", escrita con letras que ninguna se parecía.

Cinco mujeres habían leído su declaración escrita en el papel secante. Cinco mujeres habían creído que se refería a ellas. Cinco mujeres le respondían que "sí". Cinco puertas estarían abiertas aquella noche, en paso franco para él...

Luis, perplejo, no supo decidirse.

Y marchó del balneario jurando no enamorarse jamás. Y cuando al contármelo a mí, yo me eché a reír llamándole tonto, me preguntó muy indignado:

—Pero... ¿qué hubieras hecho tú, pues?

—Entrar en los cinco cuartos, uno tras otro. La ilusión de haber de reconocerlas a todas y no saber exactamente quién era la que abrazaba cada vez, me hubiese dado sobrado entusiasmo para dejarlas satisfechas a todas.

Y Luis, cabizbajo, apenado, respondió como en sueños:

—No se me había ocurrido... Comprenderás que no es lo mismo encontrarse en un caso así, que inventar un cuento.

J. BEGUIN

BESAME ha interrumpido su contacto con el público durante dos semanas, debido a la huelga de tipógrafos declarada en Valencia.

Solucionado el conflicto y serenados los ánimos, han vuelto al trabajo los obreros y ha vuelto BESAME a comunicarse con sus lectores.

"GIRL'S" DE REVISTA

Inglesitas rubias y románticas, muñequitas de delicadeza y de dulzura, parecéis hechas de ritmo, de gracia, de espiritualidad, de armonía. De la niebla de vuestro país tenéis su ligereza; de la nieve de sus montañas hicisteis carne, y las típicas myosotis os florecieron en los ojos...

Aparecéis como bandadas de pajarillos juguetones, semejantes una a otra, como golondrinas; cantáis como chiquillas que dejaron el colegio y, lejos de la ciudad, siguiendo la ribera del Támesis, entonasen entre risas sus ironías a las miradas que les lanzaron los anamorados barrigudos. Y bailáis tan unisonas, tan isócronas, que parecéis una sola, multiplicada en nuestra retina por

la intensidad de la acariciadora visión.

El corazón os ríe como os ríe la boca, con franqueza, con sinceridad, plenamente. Pero allí, en cambio, no os llega la frivolidad de vuestras canciones y vuestras danzas, ni aun siquiera la de vuestro gesto de dulce picardía. Es vuestro corazón lo único ardiente en vuestro cuerpo de nieve, y en él una caricia y un recuerdo quedan para toda la vida... ¡Lindas "girl's" que parecéis una ensoñación, una quimera, bruma, rociá... juguete, muñeca, pájaro, flor!

Y sois un amor eterno. Parecéis frivolidad, y sois toda una vida... Inglesitas rubias como las espigas de la primavera y el oro del alba.

J. DE V.



—Eso que me cuentas, chico, es muy gordo.

—No, hija, no. Ya te convencerás de que no es tan gordo como parece.

EL PINCHAZO

Habían terminado de comer. Juan estaba en su cuarto arreglándose el nudo de la corbata. Margarita, que al marchar su esposo del comedor y dejar sobre la mesa el periódico que había estado leyendo mientras tomó su café, habíase entretenido leyendo las noticias locales, corrió al encuentro de su marido llevando en la mano el diario.

—¡Es horroroso el número de mujeres pinchadas por ese misterioso sátiro!—exclamó, pálida y excitada—.

Todavía no le ha podido descubrir la policía; pero son docenas de mujeres las que cada día se quejan de que alguien les clava una larga aguja aprovechando las aglomeraciones y los momentos de distracción... ¡No es indignante y horrible!

—Mucho—respondió el marido, un poco indiferente, como conocedor de que no tendríamos tiempo para condenar las miserias de la vida si hubiéramos de fijarnos en todas.

—¿Qué puede sacar ese misterioso

sátiro de martirizar así a las mujeres?

—Ese no es un sátiro. Ese hombre es un sádico, que no es igual. El sádimismo—llamado así porque el marqués de Sade fué el que más llamó la atención del mundo con las atrocidades que llegó a cometer con sus víctimas—es una morbosidad que consiste en hallar una excitación sexual viendo el dolor ajeno; a la manera contraria que el masoquismo, que consiste en buscar el sufrimiento, porque el dolor les estimula la sensualidad.

—No me explíco esas aberraciones—dijo Margarita, atenta a la explicación de su esposo.

—Son enfermedades como cualquier otra.

—Pero las autoridades debían preocuparse un poco más de no dejar sueltos a esos locos, o enfermos, o pervertidos. Actualmente hay un estado general de alarma que perjudica a la ciudad. A mí misma me fastidia, porque precisamente había de ir esta tarde de compras, y ya advierte el periódico que en los sitios de aglomeración es donde se ha pinchado a más mujeres.

—Por la facilidad de pasar inadvertido el sádico.

—Pues me fastidia—repitió Margarita.

—Te acompañaré—dijo el marido, compadecido de la inquietud, un poco exagerada, de su mujercita.

Margarita le abrazó con agradecimiento. Perder una tarde acompañando a la mujer que va de compras es una heroicidad en cualquier hombre. Porque ustedes ya saben que las mujeres, antes de comprar un objeto, registran todo un almacén, y cuando registran un almacén es después de haber entrado en doce tiendas.

Una hora más tarde salía Margarita del brazo de su marido, luego de dar apasionados besos a la perrita "Diana", que ladraba tristemente porque se quedaba sola.

::

Recorrían las innumerables secciones de un importante establecimiento, abriéndose paso Margarita con los codos, con esa decisión maravillosa de las mujeres en los almacenes. Juan la seguía con esfuerzo. De pronto, ella se detuvo y exhaló un gritito sofocado.

—¡Ay! ¡Ya está! ¡Me han pinchado!

—¿Pinchado? ¿Dónde?—inquirió solícito el marido.

—Aquí...—dijo ella, señalando la



—No hay más remedio que bajarse ante su belleza grande...

—¿Tan grande la tengo?

—No basta mi boca para alabarla.

parte más carnosa de su persona, su redondo y abultado posterior.

—¿Te hace mucho daño?

—No... Poco. Ya pasa.

Había tanta gente alrededor de ellos que hubiera sido imposible comprender quién había sido el sádico. Declarar lo ocurrido, producir un escándalo, es cosa que siempre evita toda persona educada. Por esto siguió Margarita su camino, y siguió tras ella Juan, vigilando la graciosa parte posterior de su esposa.

Pero, cuando se hallaban en la sección de guantería, Margarita se sintió pinchada otra vez. Ahora fue en el seno derecho. Delante de ella sólo estaba la vendedora, una gentil dependienta con gesto de resignado aburrimiento, de la que no era posible sospechar. Al oír la exclamación de la señora y observar la manera como la miraba, con intención acusatoria, la dependienta sugirió la idea de ir en seguida a buscar un guardia. Pero Juan comprendió que no había sido ella la autora del pinchazo, y separó de allí a su mujer, pensando que ésta era víctima de una sugestión más que de una realidad.

Sin embargo, cuando se hallaban en el ascensor, Margarita se quejó de haber sido pinchada de nuevo, ahora en la parte más delicada del vientre, y en tono balbuciente y angustioso declaró que no permanecería ni un minuto más en un almacén donde se hacía sufrir de aquel horrible modo a las mujeres. Juan, furioso ahora, hablaba de ir a presentar una denuncia al Juzgado...

—¡No, no!—exclamó la acongojada esposa—. Vamos a casa todo lo antes posible y desde allí telefonaremos al médico. Podría estar envenenada la aguja con que me han pinchado...

Muy pálida, se había instalado en un taxi. Juan la llevaba abrazada, meciéndola como a una niña.

Y, de repente, dió ella un grito agudo.

—¡Ah, granuja! ¡¡Eres tú!!

—¿Yo? ¿Qué quieres decir, hijita?

—¡Acabas de pincharme tú, tú!

—¡En la espalda! ¡Estamos solos y no puedes decir que sea otro!

—Pero... no es cierto, hija. Será una sensación que sólo está en tu cerebro. Es una pesadilla, una sugestión...

—¡No, no! ¡Eres tú, tú, tú!... ¡Oh, qué desgracia, haber unido mi vida a la de un sádico repugnante!

El resto del camino lo pasó Margarita llorando, sin querer escuchar las seguridades que Juan le daba de que no era él quien la había pinchado ninguna de las cuatro veces. Y cuando llegaron a su casa, él se encerró en su despacho, de pésimo humor, para buscar en el Diccionario Médico las direcciones de los especialistas mentales.

Margarita, después de sus acostumbradas caricias apasionadas a su

perrita "Diana", había corrido a su gabinete para lavarse con colonia sus horribles heridas...

Y he aquí que en el momento de ir Juan a telefonar a la Casa de Socorro, vió entrar a su mujercita sonriente, feliz y desnuda, mostrándole, entre el pulgar y el índice, la verdadera culpable de su tragedia: una pequeña pulga de la perrita "Diana".

P. B.



Las delicias del "foyer"

En la sala, un público ambiguo y regocijado sigue con atención las contorsiones de la artista que baila rumbas incitantes o canta desengaños de amores trágicos, mientras ríe con toda la coquetería que sabe y balancea las caderas lujuriosamente. La orquesta escandaliza a más y mejor, y por los palcos, las artistas

que ya trabajaron se sientan sobre sus amigos y cuentan, como historias suyas, toda la literatura que leen en los semanarios galantes.

Dentro, en el "foyer", los aristócratas del dinero, del vicio o del nombre, hacen la literatura. Ellas, u poco borrachas, un poco románticas y otro poco lascivas, viven el sueño de grandeza, de amor, de elegancia y de perversidad. Su cuerpo se inclina hacia el galán, como una flor en su tallo; se entornan sus ojos y se entreabren sus labios. Se cree rica y adorada. Sueña y se deja acariciar...

El galán, estrechando el cuerpo que es todo delicia, habla, promete, jura. Asegura que cuanto dice es verdad, y no miente; porque mientras ella sueña y se deja acariciar, piensa que ama y que es amado, piensa que toda la vida es aquel momento rápido; se siente feliz y cree que en su corazón florecen las rosas y pasionarias. Y en la boca de ella, bebe. Y como ella soñaba, él bebe sueños...

Y fuera, en el escenario, cantan un desengaño que no se oye desde el "foyer".

J. DE V.



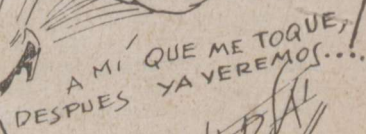
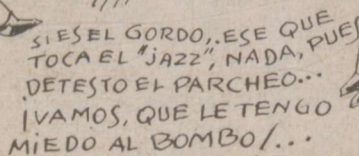
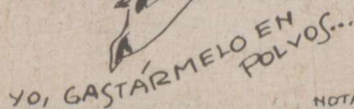
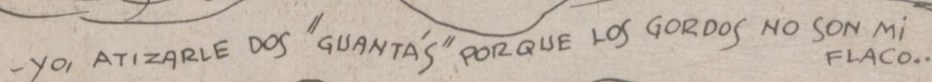
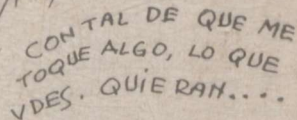
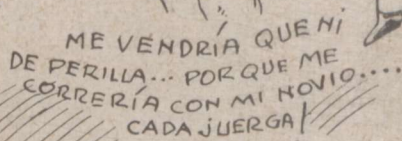
—¡Ahí está el dependiente de la huertería.

—¿Trae buenos huevos?

—Así, por encima, me han parecido gordos.

—Que pase y me los enseñe.

E HARÍA VD. SI LE TOCARA EL
GORDO? ENCUESTAS RÁPIDAS POR
FERSAL



NOTA DEL DIBUJANTE - (ESTA, SE SALE POR LA TANGENTE, PERO NO OS EXTRAÑE... ¡ES UNA HORIZONTAL!)

GRACIA DE LOS DEMAS



—En un mes, un sombrero por cada amigo... Ya decía mamá que no estoy buena de la cabeza.

EL SERVICIO TERRIBLE



—Queda usted despedida, y devuélvame el uniforme, Julia.

—Muy bien, señora. ¿Debo también devolver la combinación al señor?



—¡Es fastidioso este tiempo! La despeina a una, la desviste, la descalza...

—Se lo ruego, señorita; deje no más que siga fastidiando...



El empleadito travieso.—(Anunciando a la esposa del abogado.) Señor, una dama quiere verlo para un divorcio.



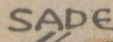
La criada.—Señora, que...

La señora.—(Atajándola.) Sí; no siga usted. Que está ahí el carbonero, ¿verdad?...



—Irma y Gastón hacen vida marital y no son casados. ¡Qué escándalo!

—¡Pero, sí, mujer! ¡Son casados!... No entre sí, pero ¡lo son lo mismo!



ELLA.—¿No te sería igual una señorita?